

CARTA SÉPTIMA

Industria de Asturias

Amigo y señor: Después de haber hablado á usted del estado de la agricultura de Asturias, bueno será que le diga alguna cosa acerca de su industria. ¿Qué apostamos á que usted se halla tentado á creer que, pues en muchos concejos de este Principado hay tal superabundancia de población, que ya empieza á rebosar y mirarse como un mal político, que ella misma influye en el aumento de la industria ofreciéndole un gran número de manos para ocuparse en ella? Así debiera ser; pero no es esto lo que pasa por acá; antes al contrario, si se consideran las proporciones que tiene este país para fomentar muchos ramos de fácil y provechosa industria, se puede asegurar que en ninguna provincia está más atrasada que en Asturias.

No es, pues, justo creer que en un punto tan importante forme usted ideas poco exactas del estado de esta provincia, y por lo mismo me ha de permitir que le hable de su industria con alguna detención, distinguiendo sus clases y objetos. Este método será para entrambos preferible, por más que á mí me empeñe en discusiones acaso más largas de lo que permite una carta.

La primera clase de industria de que se puede tratar, es aquella que anda siempre unida con la agricultura, y que se ocupa únicamente en preparar para el consumo los productos de la tierra. Á esta llamaremos industria rústica. Sabe usted, por ejemplo, cuán gran copia de ganados hay en nuestras montañas, y cuánta y cuán rica leche producen. Es cierto que no desperdician los naturales este delicado fruto; pero están muy lejos de sacar de él todas las ventajas que ofrece, y que sacan otros países menos favorecidos de la naturaleza. Se hacen á la verdad en Asturias muy ricos y regalados quesos, entre los cuales son señalados los de Caso y los de Cabrales. Se vende mucha manteca en los mercados de Castilla, y aun en esa corte, sin otra preparación que cocerla y *entriparla*; pero ni se fabrican quesos que puedan conservarse

tan largo tiempo como los de Holanda, ni se sala la manteca para venderla embarrilada por todas partes, como la de Irlanda y Flandes. Las utilidades que con esta omisión se desperdician, se calcularán fácilmente sabiendo que la libra de manteca cocida de Asturias se vende en el peso real de Madrid á treinta y dos cuartos, y la de manteca salada extranjera de sesenta á sesenta y ocho. El costo de la salazón es cortísimo; con que resulta que se desperdicia casi una mitad de más valor que muy fácilmente se pudiera dar á este fruto.

Otro ejemplo ofrecen las salazones, que podrían extenderse en Asturias á muchos artículos, y dar materia á un comercio muy lucrativo, si se aplicasen al beneficio de las carnes de que tanto abundan, y al de los riquísimos pescados de sus ríos y costas, donde los métodos de salar, secar, curar, ahumar, arencar y escabechar, ó son desconocidos enteramente, ó están en muy notable atraso.

Además de estos objetos, otros muchos pertenecientes á este ramo de industria pudieran admitir aquí gran mejoramiento: la sidra, que es una producción abundantísima, y que á pesar de su excelente calidad se fabrica de modo, que ni tiene más duración, ni sufre los riesgos de un largo transporte, y mucho menos de una distante navegación; las frutas, que también abundan en general, y con que se pudiera hacer muy buen comercio si se supiesen reducir á pasas ó confituras; la nuez, la linaza, el helecho, el fayuen ó fruto del haya, de que se pudieran sacar excelentes aceites para el uso de la farmacia, de la pintura y de varias artes; y finalmente otros frutos ó producciones, cuyo valor pudiera aumentarse á bien poca diligencia, son otros tantos ramos de industria indicados por la naturaleza, y casi descuidados por los asturianos.

Pero hay otro género de industria, no menos útil que la primera, y en la que se hallan más ejercitados estos naturales. Hablo de la industria doméstica, de aquella que se abriga en el seno de las familias, y que ya generalmente se conoce por el nombre de *industria popular*. En esta parte crea usted que Asturias puede apostárselas con la provincia más industriosa de España. Nada de cuanto es necesario para el uso de una vida sencilla y laboriosa deja de labrarse y construirse por estos naturales. Sus lienzos, sus estameñas, sus paños bastos y sayales, sus pieles, sus medias, y todo cuanto sirve

para el vestido y calzado, sus muebles, sus vasos, sus instrumentos rústicos, fabriles y piscatorios, y en una palabra, cuanto puede necesitar un pueblo dado á la agricultura, á la pesca y á la cría de ganados, todo se fabrica en Asturias, y por lo común se fabrica bien. La importancia de tales artículos es muy grande, y en esta parte debemos confesar que la industria de los asturianos es una de las principales causas de su felicidad.

Sin embargo, no es este género de industria lo que da á los pueblos el nombre de industriosos, y los hace ricos y opulentos en calidad de tales. Hay otra á que andan unidas estas ventajas, y ciertamente que esta se halla muy atrasada en Asturias. Hablo de aquella que sirve inmediatamente al lujo, que se ocupa en dar alimento al comercio, que ofrece útil empleo á un increíble número de manos, y que, finalmente, produce inmensas riquezas por representación de su trabajo. Esta es la que no sólo no está arraigada, pero ni acaso introducida en Asturias, á pesar de su gran población y de sus naturales propensiones.

En efecto, amigo mío, una provincia llena de tantos y tan excelentes montes, ¿cuántos brazos no pudiera ocupar preparando la materia para un gran comercio de tablazón, de duelería y de muebles? Donde tanto abundan por una parte los robles, y por otra los ganados de todas clases, ¿cuántas tenerías, cuántas fábricas de curtidos no se podrían establecer? La abundancia de hierro y otros metales, ¿qué proporciones no ofrece para las fábricas de quincalla? La copia y excelencia de sus linos y cáñamos, la delicadeza de sus aguas, y la variedad y abundancia de colores minerales, ¿cuánto no facilitaría el establecimiento de fábricas de pintado y tejidos de lienzo? Los mármoles, el azabache, el succino, el amianto y tanto número de raros y preciosos minerales y fósiles, ¿qué abundancia en materias no ofrecen á muchos nuevos provechosos géneros de industria?

Por otra parte, la extensión de su población y el bajo precio de las cosas necesarias para la vida, ¿qué ventajas no ofrecen en la mano de obra? Los capitales ociosos que no se pueden dedicar al comercio porque no tienen materia suficiente, ni á la compra de tierras porque están sujetas á vínculos, ¿en qué objeto más útil y productivo pudieran em-

plearse? Añada usted á todo esto que el genio de los naturales es también industrioso, pues se les ve buscar con ansia todos los medios de ocuparse y mejorar en fortuna, sin perdonar diligencia ni trabajo, y adelantar maravillosamente cuanto sus luces permiten las artes y ocupaciones á que una vez se dedican.

Si en medio de tantas proporciones preguntare usted por las causas de este atraso, yo le diré que hay una muy principal, á saber, la falta de conocimientos. Veo las tentativas que se hacen cada día para establecer nuevos ramos de industria, malogradas casi siempre por falta de luces y principios. Veo el interés, la aplicación y aun el ingenio haciendo y repitiendo vigorosos esfuerzos contra la ignorancia, y que sus tinieblas los frustran y destruyen continuamente; veo, en fin, el celo predicando contra la ociosidad, porque él mismo no está bastante ilustrado para conocer que son otras las causas del atraso de la industria. Este es á lo menos mi dictamen, y ciertamente no le cambio por el de otros que piensan muy diversamente.

En efecto, ¿cómo se persuadirá usted á que sin matemáticas, sin física, sin química, sin dibujo, se pueden hacer grandes progresos en la industria? Permítame usted que vuelva á mis ejemplos, porque no hallo otro camino más breve para probar mis proposiciones.

Asturias está llena de minerales de fierro, y hasta ahora sus herrerías se surten de la vena ó mineral de Somorrostro en Vizcaya. Asturias abunda considerablemente de helecho y vela marina, y no hay quien sepa hacer una botella para embotellar su sidra; con buenos linos y lanas, consumen los lienzo y paños finos, las bayetas y las sargas labradas en otras partes; tiene muchos y buenos cueros, y nadie sabe curtirlos, adobarlos y teñirlos. En todos estos artículos hallará usted que la falta de conocimientos es la principal, si no la única causa del atraso.

Pero hay otra causa de grande influencia, y en la cual acaso no ha parado otro alguno su consideración, y es la falta de capitales. No los tienen los propietarios, porque siendo muy corto y no menos expuesto á pérdidas el producto de su propiedad, continua la necesidad de reparar los predios rústicos, muy altos los precios del pan, vino, chocolate, aceite, sedas,

paños, lienzos finos y otros artículos de su indispensable consumo, y sobre todo mayor el lujo y el gasto de la capital ó villas agregadas donde vivan, sucede que apenas tengan lo necesario para subsistir con decencia. No los tienen los comerciantes, porque ni los hay ni puede haber en un país que no tiene artículos de extracción, y cuyo comercio pasivo con otras provincias es tanto más reducido, cuanto que la mayor parte de su pueblo vive sólo de lo que cultiva y trabaja. Ya he dicho á usted en otra parte cuál es el destino que dan á la fortuna los indianos: ¿dónde, pues, se hallarán capitalistas? Y sin ellos ¿cómo se podrán erigir ni promover establecimientos industriales? Cómo formar empresas grandes y dispendiosas? Cómo traer los instrumentos, las máquinas, las luces y conocimientos que faltan?

Las demás causas que retardan el progreso de la industria son hijas de las antecedentes. La pereza, que no se mueve sino á la vista de grandes y evidentes estímulos; la preocupación, que grita contra todo lo nuevo porque no lo conoce, y que prefiere una ignorancia que la lisonjee á una ilustración que la acusa; la envidia que nada deja crecer ni madurar, y que lucha continuamente por sofocar en la cuna todos los establecimientos que pueden hacer la fortuna de su vecino, y sobre todo una cierta indolencia con que algunas gentes, que tienen aquí como en otras partes la primera influencia, miran todos los medios de hacer el bien que no están fiados á su mano, y sacrifican la felicidad común al interés de su clase, son sin duda causas muy ciertas, aunque parciales, de este atraso. Pero reflexione usted que la principal nace de la ignorancia, y por lo menos es incompatible con la verdadera ilustración.

La industria es natural al hombre, y apenas necesita otro estímulo de parte del Gobierno que la libertad de crecer y prosperar: déme usted esta libertad, y crecerá la industria hasta lo posible. Pero la ilustración fijará siempre la medida de esta posibilidad. Un pueblo bárbaro sabrá solamente hacer sus cabañas y sus instrumentos de labor y pesca, y los progresos de su industria irán al paso de sus conocimientos, hasta que llegando á lo sumo de ellos, sepa hacer relojes que dividan el día en instantes, ó telescopios que descubran nuevas estrellas en el cielo.

Es, pues, indispensable traer la ilustración á este país, y yo aseguro á usted que tardará muy poco en ser industrial. Sobre este punto no puedo dejar de aplaudir á un ilustre patriota que convirtió hacia él todo su celo, como verá usted por el adjunto discurso. Como halló en él copiadas mis ideas, tengo una especie de vanidad en enviárselo para que le lea y enseñe á los amigos. Es verdad que este misionero ha hecho poco fruto entre sus paisanos; pero por ventura ¿no será esta otra prueba de que la ilustración es el primer paso que se debe dar hacia la felicidad de Asturias?

Bien sé que la ilustración por sí sola no puede hacerlo todo; pero ella atraerá capitales, arrancará auxilios al Gobierno, y forzará, por decirlo así, á toda la provincia á que se convierta á este primer manantial de la prosperidad.

Ni crea usted que he dicho estas cosas por meterme á declamador; las digo únicamente porque me duele mucho ver tantas ventajas desconocidas, tantas proporciones malogradas, y tantos bienes miserablemente menospreciados y perdidos. Esta superabundancia de población de que he hablado á usted, clama por el establecimiento de muchos nuevos ramos de industria; no ya para buscar la riqueza que es efecto suyo, sino para fijar tanto número de familias sobrantes y desacomodadas como produce esta provincia aplicada y laboriosa. En otras partes se trata de fomentar la industria para aumentar la población; aquí se la debe fomentar para no disminuirla. En otras partes se buscan por medio de la industria la riqueza y la felicidad de los pueblos; aquí se debe evitar por medio de ella su infelicidad y su ruina. Oiga usted sino sus consecuencias, y de camino desengáñese de una preocupación con que regularmente se juzga por allá de nuestras cosas:

Usted oirá decir muchas veces que Asturias y las provincias sus confinantes son unos países miserables ó infelices que tienen que arrojar de sí á sus hijos porque no pueden alimentarlos, y de aquí viene que se halle en otras provincias tanto número de asturianos, gallegos y montañeses ocupados en los más viles oficios y ministerios. Así se discurre por allá, y así poco más ó menos discurren aquí los que juzgan de las cosas por la corteza y no saben subir á la indagación de sus causas.

Ahora bien : si es verdad que la población de un país es la medida de su riqueza, y si estas provincias, además de lo que necesitan para llenar todas sus ocupaciones, tienen todavía un sobrante para llenar el vacío de la población de otras provincias donde van á trabajar, ¿cuáles, pregunto, de unas y otras se podrán decir más ricas? ¿Las que no tienen habitantes que mantener, ó las que después de mantener los habitantes necesarios tienen otros muchos mantenidos por sus vecinos?

Pero hablando solamente de Asturias, oiga usted mis ideas acerca de este punto. Yo miro estas colonias emigrantes que pasan los montes y se derraman á buscar su vida por toda la Península, como una exacta medida del sobrante de su población. Váyalos usted examinando uno á uno, y hallará que no hay entre ellos quien abandone una subsistencia segura en su país por buscar fuera de él una subsistencia arriesgada é incierta. Todos pasan á buscar fuera de aquí una ocupación de temporada en que puedan ganar lo necesario para subsistir y mantener una familia dentro de su misma patria, ó bien á buscar una subsistencia más durable que sólo encuentran fuera de ella, pero sin perder jamás de vista el designio de volver á disfrutar en sus hogares la fortuna que se hayan labrado en otra parte.

Y ¿cree usted que entre tanto queda el país abandonado ó desierto? ¿Ó que sus campos desamparados por los colonos quedan yermos y sin cultivo? Nada menos. Los que pasan allá, ó no tienen casería, ó la tienen de tan corta extensión y producto, que no necesitando del trabajo del colono por todo el año, le permiten que vaya á llevar una parte de él á otra provincia, y á feriar por este medio lo que le falta para sustentar su familia. Así se nota lo primero, que la mayor parte de los que van á residir por allá son de aquellos concejos donde, destinadas muchas tierras á pastos y prados para la cría y granjería de mulas y otros ganados, quedan menos tierras laborables, menos número de caserías, y por consiguiente menos proporción para aumentar el acomodo de nuevas familias. Note usted lo segundo, que si de estos ú otros concejos vienen algunos vecinos de aquellos que tienen á su cargo alguna renta, su venida es siempre á trabajar en la siega ú otra faena de temporada en los campos de Castilla, y vol-

verse luégo á mantener el resto del año su familia con el fruto de su sudor y trabajo. Note usted lo tercero, que los que permanecen allá por más largo tiempo, no tienen por lo común otra ambición que la de juntar algún caudalillo para volverse á su casa, comprar alguna tierra, algún ganado, y proporcionar así un establecimiento en que puedan mantener su familia. Todo lo cual prueba á mi ver concluyentemente que estos emigrantes no abandonarían su país si hubieran hallado en él una subsistencia segura, y que por lo mismo deben mirarse como el sobrante de su población.

Muchas veces he admirado como un error en que han caído aun las gentes más cuerdas y avisadas de este país, el lastimarse de tales emigraciones como de un mal grave y digno de remedio, y más aun que se tratase seriamente de buscar alguno que las disminuyese ó evitase del todo. Porque ¿qué sería del resto de la población si en el estado actual se lograse retener dentro del país estos individuos que ya no caben en él? ¿Es posible que no se vea que, reducidos á vivir donde ni la agricultura ni la industria les ofrecen ocupación ni subsistencia, ó perecerían de necesidad, ú obligados á subsistir del producto del trabajo ageno, menguarían el bienestar y la fortuna de las demás familias laboriosas?

Que se erijan nuevas fábricas en que se puedan emplear y ganar su subsistencia; que se aumente por este medio el tráfico interior, la marina mercantil, el comercio activo; que se ofrezca ocupación á tantas manos como la piden y necesitan, verá usted cesar las emigraciones por sí mismas, y que nadie corre á buscar su suerte de la otra parte de los puertos, abandonando la que tenga segura dentro de casa.

Y advierta usted que no sólo es un error el empeño de reducir las emigraciones con respecto á los mismos emigrantes, sino que lo es también con respecto á todo el país. Las gruesas sumas que traen ó envían á él ganadas en otras provincias, aumentan considerablemente su riqueza, y aunque no son fáciles de reducir á cálculo, no por eso deben ser un objeto de nuestro desprecio ó nuestro olvido.

Bien sé que las emigraciones tienen sus inconvenientes; pero no me parecen comparables al mal que en el presente estado produciría su cesación. Cuatro ó seis jóvenes entregados al vino y al desreglo de los que van á trabajar por esos

países; cuatro ó seis mujeres abandonadas porque sus esposos perecieron por allá á manos de la enfermedad, de las fatigas extraordinarias ó de la corrupción, son seguramente un mal ocasionado por estas emigraciones; pero ¿qué bien político no halla usted mezclado con semejantes inconvenientes?

Harto más digna de consideración es la influencia que tienen estas emigraciones en las costumbres generales. Cuando vuelven de ellas algunos de estos mozuelos que habían salido de su país inocentes y bozales, suelen traer ya toda la tintura de la picaresca castellana, y el trato con ellos no deja de alterar algún tanto la sencillez é inocencia de las costumbres originales de sus paisanos. Pero ni estos ejemplos son muy frecuentes, porque la pobreza y el trabajo son en todo lugar un gran preservativo contra la corrupción, ni por otra parte sabré yo decir á usted cómo podría un gobierno evitar esta especie de males, que andan siempre unidos con las mismas ventajas que busca.

Es ciertamente innegable que la multiplicación de los hombres engendra nuevas pasiones; que su asociación aumenta el fuego y la actividad de ellas; que del fomento de la industria debe nacer precisamente el comercio, del comercio la riqueza y de la riqueza el lujo, enemigo y corrompedor de las costumbres. Sea, pues, un problema digno de la especulación de los filósofos saber si un cuerpo político debe renunciar á todas las ventajas que son incompatibles con la conservación de las puras y primitivas costumbres de un pueblo, ó si cuando trata de aumentar la población por el único medio que ofrece la economía, esto es, aumentando los medios de subsistir, debe prescindir de tales inconvenientes. Pero entre tanto oigamos nosotros la voz de la humanidad y aun de la religión, que nos dicen que el cuidar de que los hombres se multipliquen, vivan y no perezcan, es el primero de todos sus preceptos.

De lo dicho hasta aquí no debe usted inferir que nuestro país desconoce enteramente esta última clase de industria. No por cierto; antes por el contrario, se debe á la aplicación de sus naturales esfuerzos, de que hay pocos ejemplos en otros países. No hace muchos años que don Juan Cónsul, sin otro auxilio que su especulación y su industria, logró esta-

blecer en su casa del Villar, concejo de Sierra, una fábrica de loza fina en que se trabajaron piezas admirables, tanto por su forma como por su color y vidriado ó baño. D. N. Doriga acaba de establecer otra en las cercanías de Oviedo á imitación de la de Bristol, dirigida por un hábil fabricante inglés, que desde los primeros ensayos ha logrado igualar sus mejores modelos, y camina rápidamente á la perfección. Se ha adelantado bastante el tejido de lienzo, y he visto bellas colonias, colchas, mantelerías, panas y otros géneros de excelente calidad y apariencia fabricados en Oviedo.

Don Francisco Clabell y Vellet beneficia con conocida utilidad la excelente mina de karabe ó succino de las Cuerrias, y piensa en establecer varias manufacturas de esta misma materia (1). Oigo hablar de nuevas tenerías, de fábricas de botellas y de otros varios establecimientos que prueban la fermentación en que se halla aquí el espíritu de industria y aplicación. La Sociedad Económica fomenta con infatigable celo estas útiles ideas, y todo al parecer anuncia una feliz revolución en este ramo. Pero recelo mucho que se adelante poco mientras no se empiece á curar el mal en la raíz. Cuando mis paisanos tengan matemáticos, físicos, químicos, mineralogistas y dibujantes; cuando aprendan á emplear más útilmente los fondos; cuando sepan alcanzar del Gobierno los auxilios que nunca niega á los que le buscan con justicia y oportunidad, entonces tendrán fábricas y artefactos, podrán emplear en ellos un doble número de familias, y la población y la riqueza crecerán como la espuma; pero mientras falten tales auxilios, los progresos serán muy perezosos. Algo adelantarán la imitación y el ingenio, pero nada inventarán de sólido ni de nuevo; nada lograrán cuya subsistencia no sea precaria y dependiente de favorables y pasajeras circunstan-

(1) Hemos sabido después de escrita esta carta, con no poco sentimiento y admiración, que esta mina de succino se halla abandonada. ¿Es posible que un fósil que se compra de los extranjeros á tan alto precio, que tiene tanto consumo en esa corte y todo el reino, y que es de uso tan conocido en la farmacia por los aceites, y en la industria por los excelentes charoles que produce, y en fin, que se puede extraer en tanta abundancia, y dar á tan cómodos precios, se abandone y menosprecie entre nosotros? ¿Quién podrá resolver este problema sin culpar la inconsideración de los que acometen semejantes empresas sólo para meter bulla? Véase el discurso de Riego en 1788 sobre los trabajos de la Sociedad.

cias. Basta por este correo: el adjunto discurso acabará de ilustrar la materia. Entre tanto salude usted á los amigos, y mande á quien lo es suyo muy de veras, etc.

CARTA OCTAVA

Romerías de Asturias

Amigo y señor: Habiendo hablado de tantas cosas serias, permítame usted que le hable una vez siquiera de cosas alegres y entretenidas, y le dé alguna idea de las únicas diversiones que conoce el pueblo de este país. Tengo indicado mi dictamen acerca de la escasa suerte de nuestros labradores, y es justo que ahora diga algo de la única recreación que se la hace llevadera.

Ya inferirá usted que no le voy á hablar de teatros ó espectáculos magníficos, pues por la misericordia de Dios no se conocen en este país. Las comedias, los toros y otras diversiones tumultuosas y caras, que tanto divierten y tanto corrompen á otros pueblos reputados por felices, son desconocidas aún en las mayores poblaciones de esta provincia.

Se puede decir que el pueblo no tiene en Asturias más diversiones que sus *romerías*, llamadas así porque son unas pequeñas peregrinaciones que en días determinados y festivos hace á los santuarios de la comarca, con motivo de la solemnidad del santo titular que se celebra en ella.

De estas romerías voy á hablar á usted, ó por mejor decir, se las voy á describir, para darle de ellas la más viva idea que me sea posible. ¡Ojalá pudiese inspirarle también alguna parte de aquellas deliciosas sensaciones, que tantas veces excitó en mi alma el espectáculo de la inocencia pura y sencilla, entregada al esparcimiento y alegría! Espectáculo tanto más digno de la atención de la filosofía, cuanto más relación tiene con el interés general de estos pueblos, y cuanto más influye en la felicidad personal de sus individuos.

Por lo común se escoge para escena de estas religiosas concurrencias el sitio más llano, frondoso y agradable de las inmediaciones de la ermita, y en él se colocan á la redonda las tiendas, los comestibles, los toneles de sidra y vino, y todo el restante aparato de regocijo y fiesta.

Como el mayor número de estas romerías es por el verano, desde la víspera empiezan á concurrir al sitio acostumbrado todos los buhoneros, tenderos y vendedores de frutas y licores, y aun algunos de los romeros, que forman debajo de los árboles sus pabellones para pasar la noche y guarecerse en el siguiente día de los rayos del sol, ó bien de las lluvias, que aquí son frecuentes y repentinas en todas estaciones.

Se pasa toda la noche en baile y gresca á orilla de una gran lumbrada que hace encender el mayordomo de la fiesta, resonando por todas partes el tambor, la gaita, los cánticos y gritos de algazara y bullicio, que son los precursores de la diversión esperada.

Con el primer rayo de la aurora, salen á poblar los caminos los que vienen á la ermita atraídos de la devoción, de la curiosidad ó del deseo de divertirse. La mayor parte de esta concurrencia matutina es de gente aldeana, que viene lo mejor ataviada que su pobreza le permite; pero con una gran prevención de sencillez y buen humor, que son los más seguros fiadores de su contento.

Sobre todo, la gente moza echa en estos días el resto, y se adereza y engalana á las mil maravillas; porque ha de saber usted que suelen ser estas las únicas ocasiones en que se ven y se hablan los amantes, y aun en las que se suelen zurcir y apalabrar muchas bodas.

Cuantos vienen á la romería, entran luégo que llegan y pueden á la ermita á hacer sus preces, y es sin duda admirable la sencilla devoción que se nota en estas pobres gentes. Porque siendo así que la efigie que representa al santo titular, suele ser una figura enana ó extremadamente lánguida ó esbelta, de forma y escultura gótica, mal estofada y corroída por todas partes de la polilla y la carcoma, vería usted (y lo vería con edificación) cómo nuestras buenas y devotas aldeanas, postradas en su presencia, la cabeza inclinada, y cruzadas las manos, imploraban de ella el alivio de sus necesidades y aflicciones con su fervor y confianza.